

**UNIVERSIDAD POLITÉCNICA SALESIANA  
SEDE QUITO**

**CARRERA:  
TEOLOGÍA PASTORAL**

**Trabajo de titulación previo a la obtención del título de:  
LICENCIADA EN TEOLOGÍA PASTORAL**

**TEMA:  
RELECTURA DEL MINISTERIO ORDENADO EN LAS COMUNIDADES  
PRIMITIVAS DESDE LA EVANGELII GAUDIUM**

**AUTORA:  
NANCY HUITZACUA HERNÁNDEZ**

**TUTOR:  
JULIÁN GARCÍA LABRADOR**

**Quito, marzo del 2016**

#### **Cesión de derechos de autor**

Yo, Nancy Huitzacia Hernández, con documento de identificación No. 07120075115, manifiesto mi voluntad y cedo a la Universidad Politécnica Salesiana la titularidad sobre los derechos patrimoniales en virtud de que soy autora del trabajo de grado intitulado: "Relectura del Ministerio Ordenado en las Comunidades Primitivas desde la Evangelii Gaudium", mismo que ha sido desarrollado para optar por el título de: Licenciada en Teología Pastoral, en la Universidad Politécnica Salesiana, quedan la Universidad facultada para ejercer los derechos cedidos anteriormente.

En aplicación a lo determinado en la Ley de Propiedad Intelectual, en mi condición de autora me reservo los derechos morales de la obra antes citada. En concordancia, suscribo este documento en el momento que hago entrega del trabajo final en formato impreso y digital a la Biblioteca de la Universidad Politécnica Salesiana.



Nancy Huitzacia Hernández

CI. 07120075115

15 de Marzo 2016

**Declaratoria de dirección y asesoría del docente tutor/a**

Yo, declaro que bajo mi dirección y asesoría fue desarrollado el trabajo de titulación “Relectura del ministerio ordenado en las comunidades primitivas desde la *Evangelii Gaudium*” realizado por Nancy Huitzacia Hernández con el CI: 07120075715, obteniendo un producto que cumple con todos los requisitos estipulados por la Universidad Politécnica Salesiana para ser considerados como trabajo final de titulación.

Quito, marzo 2016

  
(Firma)

Julián García Labrador  
CI: 1756684963

## Índice

<b>Introducción .....</b>	<b>1</b>
<b>1. Fundamentación bíblica de los ministerios.....</b>	<b>4</b>
<b>1.1 Fundamentos del ministerio en el Antiguo Testamento .....</b>	<b>4</b>
<b>1.2 Dios forma su pueblo .....</b>	<b>4</b>
<b>1.3 Dios llama a servir al pueblo.....</b>	<b>6</b>
<b>1.4 El sacerdocio y su importancia .....</b>	<b>7</b>
<b>2. Fundamentos del ministerio en Jesús y en las primeras comunidades cristianas .....</b>	<b>8</b>
<b>2.1 Jesucristo: un nuevo concepto de sacerdocio .....</b>	<b>9</b>
<b>2.2 Jesucristo, servidor de todos .....</b>	<b>11</b>
<b>2.3 Jesús comparte su misión a sus discípulos .....</b>	<b>12</b>
<b>2.4 Ministerios y carismas en las primeras comunidades.....</b>	<b>13</b>
<b>2.5 Todos los ministerios son dones de Dios.....</b>	<b>16</b>
<b>2.6 La mujer en la vida de Jesús y en las primitivas comunidades respecto a los ministerios.....</b>	<b>17</b>
<b>3. Exhortación apostólica <i>Evangelii Gaudium</i> .....</b>	<b>21</b>
<b>3.1 Marco teológico de la <i>Evangelii Gaudium</i> .....</b>	<b>22</b>
<b>3.2 El Ministerio Ordenado dentro de la teología de la misión.....</b>	<b>25</b>
<b>Conclusiones .....</b>	<b>27</b>
<b>Referencias.....</b>	<b>32</b>

## **Resumen**

El presente artículo pretende ahondar en la esencia del Ministerio Ordenado nacido en las primeras comunidades cristianas, como don de Dios, signo de su presencia y respuesta del hombre. El desarrollo de este trabajo emplea la metodología genética-comparativa, pues intenta un acercamiento al tema desde sus antecedentes en el Antiguo Testamento, la vivencia del sacerdocio en Jesús y la institución del sacerdocio cristiano en las comunidades primeras hasta su ejercicio en la actualidad, teniendo en cuenta tanto el papel de la mujer como las orientaciones de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.

**Palabras clave:** Ministerio, Iglesia Primitiva, Sacerdocio, Servicio, *Evangelii Gaudium*.

## **Abstract**

This article attempts to delve into the essence of ordained ministry in the early communities born as a gift of God, a sign of his presence and man's response. The development of this work used genetic-comparative methodology, it attempts an approach to the issue from its roots in the Old Testament, the living priesthood in Jesus and the institution of the priesthood in the early Christian communities, to exercise currently taking account both the role of women as the guidelines of the Apostolic Exhortation *Evangelii Gaudium*.

**Key Words:** Ministry, Primitive Church, Priesthood, Service, *Evangelii Gaudium*

## Introducción

El tema que desarrolla este artículo surge de la importancia que supone para la Iglesia católica el Ministerio Ordenado, por la mediación ante Dios que éste servicio representa. De allí la preocupación que en no pocos casos percibe su vivencia como “un ejercicio” que busca privilegios, distante de ser signo de Dios para el pueblo. Si bien es cierto no es una generalidad, por lo menos es una situación que interpela a la Iglesia.

El título de este trabajo nos remite a las comunidades primitivas, pues es allí donde el término Ministerio Ordenado se entiende como llamado de Dios a servir al pueblo, siguiendo el ejemplo de Cristo que “No vino a ser servido, sino a servir y a entregar su vida” (Mt 20,28). Tal fundamento evangélico de servicio adquiere un relieve significativo en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, como una provocación que cuestiona la vida del creyente, de manera especial al Ministro Ordenado.

Cabe destacar que la reflexión posterior al Concilio Vaticano II hace planteamientos relevantes en este sentido. Por ejemplo, Jesús Espeja en su libro *El Ministerio en la Iglesia, un cambio de perspectiva*, señala la importancia de reconocer en la nueva realidad cultural los signos de los tiempos que desencadenan cambios estructurales para el ejercicio de los ministerios ordenados (Espeja, 2001). Mientras que el texto de José Aldázabal, *Ministerios al servicio de la Comunidad celebrante*, de manera sugerente invita a hacer un profundo discernimiento para que todos los cristianos experimenten con mayor intensidad la diversidad existente en la comunidad cristiana, como un camino de complementariedad y de auténtico servicio (Aldazábal, 2006). También conviene resaltar el aporte de Elisabeth Schüssler Fiorenza, quien desde una perspectiva teológica feminista sostiene que: “el problema *mujer y ministerio* se

muestra, no sólo como un reto a la eclesiología, sino también como un problema central de la ética político-teológica” (Schüssler Fiorenza, 1994).

El presente artículo se desarrolla al tener en cuenta estas perspectivas y retoma fundamentos bíblicos en torno al Ministerio Ordenado y su ejercicio en las primeras comunidades cristianas. Este estudio sirve como material para hacer una posterior comparación con la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* y entresacar de ello algunas pautas para seguir ahondando en la reflexión teológico-pastoral.

Así, el artículo se desarrolla en cuatro puntos complementarios: en primer lugar, se introduce un amplio estudio del tema en clave bíblica, empezando por el Antiguo Testamento, destacando que Israel fue elegido y formado como pueblo de Dios. Como fruto de esa elección un grupo de hombres y mujeres son llamados a servir a su propia gente, constituyendo un servicio- de vital importancia para la Historia de la salvación.

En un segundo momento se analiza la naturaleza y fines de los ministerios en el Nuevo Testamento, tomando como referencia el estilo de sacerdocio que se descubre en la vida y obra de Jesucristo, experiencia que conlleva un nuevo concepto permeado por la vivencia de servicio y profunda entrega a los hermanos, características tan relevantes que serán invariablemente compartidas por sus seguidores, de manera especial con sus discípulos y discípulas.

En el tercer punto, se ahonda en la forma cómo esta convicción en las primeras comunidades cristianas fue vivida con ardor, como forma concreta e inobjetable de seguimiento discipular. Surgieron así colaboradores dispuestos a seguir llevando adelante la misión evangelizadora, hombres y mujeres que realizan diferentes trabajos para edificación de la Iglesia naciente, teniendo siempre en cuenta que todo ministerio y carisma era don de Dios dispuesto para enriquecer la comunidad.



Al tratar de profundizar en las raíces bíblicas de servicio a los y las hermanas, en el cuarto punto se cuestiona sobre la percepción y vivencia que hoy se tiene del Ministro Ordenado. Se enfatiza también la presencia de la mujer en la Iglesia, así como su caminar respecto a los ministerios. El artículo compara los datos de la Revelación y otras reflexiones teológicas con los que presenta el Magisterio, de manera particular aquellos de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, ya que las novedades presentadas en dicho documento son un “volver a las fuentes”, es decir, volver a lo esencial donde el ministro retoma su vida, circunstancias y las del pueblo desde los criterios del Reino, al compartir con la gente su proceso cotidiano de fe, signo elocuente del amor y la misericordia de Dios que sigue caminando con la humanidad.

## **1. Fundamentación bíblica de los ministerios**

### **1.1 Fundamentos del ministerio en el Antiguo Testamento**

“En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente ni aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco” (LG, 4).

En el AT, no se habla aún de ministerios, sino de “tareas” que Dios asigna a sus elegidos; será en el Nuevo Testamento donde adquiera ese sentido de servicio, debido a que “en tal proceso fueron indispensables personas dedicadas a las funciones religiosas. El sacerdocio es ciertamente uno de los puntos más sobresalientes de la revelación bíblica” (Auneau, 1990, pág. 23); aunque, como ya hemos dicho, el AT no lo mencione como un ministerio. El sacerdocio aarónico, podemos decir con propiedad, es el antecedente inmediato del Ministerio Ordenado y ambos cumplen la misma misión: ser el principio básico de mediación entre Dios y su Pueblo.

### **1.2 Dios forma su pueblo**

La Biblia nos recuerda que Dios llamó a Abraham y le prometió hacer de él una gran nación (Gén 12,1ss). Abraham aceptó la responsabilidad y con ello se convirtió en padre de un pueblo nuevo (Gén 18,1-5). Pero el camino no fue fácil, tuvo que pasar por muchas pruebas, especialmente aquella que hacía relación a la obediencia incondicional a Dios (Gen 18,16-33).

Tiempo después, el Pueblo de Israel, fue sometido a la esclavitud y a la dureza del trabajo en Egipto (Aguirre, 2010). Pero Dios, -una vez más- tomó la iniciativa de liberarlo: “He bajado para librar a mi pueblo de la opresión” (Ex 3,8). Por eso, cuando Moisés recibió la orden de sacarle de Egipto, la tarea que tenía adelante era inmensa (DV, 3). Moisés consigue que estos esclavos se unan, tomen fuerza y se pongan en marcha. Fue difícil la salida de la esclavitud: cruzaron el Mar Rojo, atravesaron el desierto, padecieron hambre y sed. El pueblo tuvo miedo y sintió la tentación de volver a Egipto. Sin embargo, Dios se sigue haciendo presente, mostrando al pueblo la fidelidad de su promesa, certeza que confirma a lo largo de la historia como iniciática divina que busca constantemente a la humanidad. “Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos” (EG 113).

Así, Israel se fue transformando en un pueblo organizando. Cuarenta años en el desierto lo habían purificado del espíritu de esclavitud. Ahora deberán vivir la hermandad, en apertura a la promesa de “una tierra que mana leche y miel” (Ex 3,8), posesión que se convirtió en el ideal del pueblo, teniendo a Dios como centro de la comunidad (Caravias, 2002).

Sin embargo, Israel siempre tuvo la tendencia a olvidar la fidelidad a la Alianza, cayendo en una suerte de idolatría que se materializaba en explotación social que minaba la estructura comunitaria. Por eso, una y otra vez la conciencia de pueblo se derrumbó, y solamente volvía a ella cuando sufría las consecuencias de invasiones, destrucciones y destierro. Más aún, lejos de recapacitar, fue común que el pueblo lejos de su tierra cayera en la desesperanza, desistiera de su pacto con Dios y terminara olvidando a Yahvé.

Sólo un pequeño resto del pueblo siguió esperando la promesa de Yahvé, es decir, siguió guardando la Alianza. A ellos Dios les promete enviar un Mesías (Miq 5,1-9) y, por eso, fueron creando una forma de ser y pensar propia: se sintieron “los pobres el Señor”, los *anawin*, los oprimidos que ponen su confianza en Dios (Papa Francisco, 2014). Como también nos lo recuerda la *Evangelii Gaudium*: “El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo ‘se hizo pobre’ (2Cor 8,9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres” (EG, 197).

Sintiéndose herederos de la promesa salvífica, este “resto de Israel” experimenta la necesidad de estar en permanente contacto con Yahvé para escuchar su Palabra, prevenir idolatrías o para pedir perdón si se fallaba a la Alianza. Estamos, pues, frente al germen de los ministerios, visto como intercesión entre Dios y el pueblo.

### **1.3 Dios llama a servir al pueblo**

Para mantener la fidelidad a la Promesa, Dios llamó a algunas personas para que sirvan al pueblo, lo guíen, animen, organicen, juntos celebren la fe y denuncien sus errores. A través de diversas perícopas, las Sagradas Escrituras presentan tres características propias de la llamada vocacional: (1) Dios llama, (2) el elegido reacciona (“es una misión que supera mis fuerzas y capacidades”), (3) Dios garantiza su presencia (GS 4. ).

Así, Dios llama a una misión concreta a Abraham, a Moisés, a Gedeón, a Jeremías y otros. Todas eran personas sencillas y se sentían carentes de cualidades necesarias para responder a la misión. Por eso, con criterios humanos, reaccionaban con miedo. Ninguno veía el llamado de Dios como “un honor personal”. Por el contrario, se sentían indignos, incapaces de cumplir la misión confiada. Sin embargo,

Dios no se arrepiente de su elección y repite constantemente a quien ha elegido: “no tengas miedo, yo estaré contigo” (Jer 1,8). Dios irrumpe en la vida de quien es llamado al servicio, por eso su invitación, una vez aceptada, se convierte en una fuerza incontenible.

La *Evangelii Gaudium* recoge la importancia de dos conceptos clave del Antiguo Testamento: Pueblo y Alianza. Sin ellas no podríamos entender la presencia y razón de ser de los Ministerios en la Iglesia. “Dios sigue obrando en el Pueblo de la Alianza y provoca tesoros de sabiduría que brotan de su encuentro con la Palabra divina” (EG, 249).

#### **1.4 El sacerdocio y su importancia**

En el servicio al pueblo sobresale, sin lugar a dudas, el sacerdocio. Al principio, pese a que estaba rodeado de pueblos poderosos, cuyo sacerdocio coincidía con el poder del rey, Israel vivió su religiosidad sin templos ni sacerdotes (Ex 28,29).

En la etapa pre-mosaica, “los actos del culto eran realizados por el padre de familia, el jefe del clan o los patriarcas, quienes organizaban el culto en sus respectivas unidades sociales, erigían altares, ofrecían sacrificios y mantenían culturalmente la relación con Dios” (Arnau, 1995, pág. 5). Por consiguiente, la época patriarcal no conoció el sacerdocio institucional que vendría posteriormente (Ex 29,44).

De acuerdo a la tradición bíblica, Dios concedió a Aarón y a sus hijos ese sacerdocio (Núm 3,10-38). Por tanto, estamos hablando de una dignidad y función hereditaria, de tal manera que el sacerdocio no podía ser ejercido por ningún miembro de otra tribu. “Fue concedido en heredad a los levitas, con la prohibición de poseer cualquier tipo de bienes raíces. Su misión consistía principalmente en ordenar e instruir

en cuestiones relativas al culto y en la impartición de oráculos; más tarde se les encomendó la vigilancia del Templo” (Bellinger, 1994, pág. 175). Este y otros tipos de prescripciones y oficios rituales tenían como finalidad manifestar la santidad y grandeza del sacerdocio. En base a ello podemos considerar lo siguiente:

Desde entonces, el sacerdocio levítico tuvo un lugar muy reconocido, y creció en importancia después del exilio, porque la comunidad hebrea de los repatriados fue la primera que se organizó, y allí el sumo sacerdote asumió la responsabilidad de dirigir la sobrevivencia del pueblo, centrando en sí mismo toda la autoridad. Esta naturaleza del sacerdocio se prolongó hasta el siglo I d.C. Con base a ello, podemos deducir por qué la dignidad sacerdotal despertó profundas ambiciones, rivalidades y luchas, alejándose de la mística fundamental del sacerdocio: ser mediación entre Dios y el pueblo (Vanhoye, 1983, pág. 13).

En tal contexto, la lucha por el poder fue escenario de innumerables abusos (Cf. 2Sam 11,27) lo que provocó gran desesperanza respecto al sacerdocio judío, el cual fue perdiendo credibilidad, al punto que Israel se resistió, en un momento, a reconocer la voluntad de Yahvé en las acciones sacerdotales. En estas circunstancias “surge entonces, la esperanza de un sacerdocio renovado en los tiempos mesiánicos” (Auneau, 1990, pág. 26).

## **2. Fundamentos del ministerio en Jesús y en las primeras comunidades cristianas**

Tomando en cuenta la evolución que tuvo el sacerdocio dentro del Antiguo Testamento, se puede comprender por qué en la Palestina del siglo I, no tenía “buena

fama” el sacerdocio como institución, ya que se había convertido en un grupo de élite, desencarnado de las aspiraciones y necesidades cotidianas del pueblo. Realidad de veinte siglos atrás que lamentablemente continúa en algunos ámbitos de nuestra Institución eclesial, como lo menciona el Papa Francisco: “A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores” (EG, 47).

Jesús no fue ajeno al contexto cultural y religioso de su tiempo. Conociendo entonces las incoherencias que había tomado el sacerdocio israelita, “no sorprende que los evangelios reflejen un dato que puede considerarse histórico: Jesús nunca se presentó como sacerdote” (Varo, 2003, pág. 83).

## **2.1 Jesucristo: un nuevo concepto de sacerdocio**

“Una reflexión posterior a la vida pública de Jesús, plasmada en la carta a los Hebreos, nos deja ver el nuevo sentido de sacerdocio, visibilizado en la vida y misión de Jesucristo, sumo sacerdote verdadero” (Vanhoye, 1984, pág. 123). Es un giro sorprendente y totalmente nuevo el que da Jesús. Se trata de un sacerdocio con fisonomía original, que revoluciona la relación del pueblo con Dios, dando continuidad al proyecto inicial del Padre que es manifestar su amor entrañable y salvífico a la humanidad (Lc 15,32), compartiendo la vida cotidiana de su gente, hablando de Dios en lenguaje profundo y sencillo, accesible a todos, sin pretender honores. “La innovación de la carta a los Hebreos se justifica como un posterior ahondar en el misterio de Cristo, el cual viene reconocido como Aquel en quien se dan cumplimiento perfecto todas las Escrituras” (Vanhoye, 1983, pág. 4).

Desde los evangelios, destacamos dos elementos que nos parecen revolucionarios respecto al sacerdocio de Jesús:

Se humilla, no se exalta a sí mismo. La carta a los hebreos destaca que Jesucristo llegó a ser sumo sacerdote por su total asimilación a los demás hombres. En consonancia con el AT, que no se habla de “igualdad o semejanza”, se resalta más bien la necesidad de una distinción, una separación del sacerdote respecto al pueblo (Vanhoye, 1983). Para entrar en contacto con lo sagrado, los levitas requerían “estar separados” de la gente, en otro nivel respecto al pueblo (por encima). Sin embargo, Jesús empieza su camino de manera diferente: renuncia a todo privilegio y se humilla “hasta hacerse en todo semejante a los hombres” (Cf. Heb 2,17). Consideramos, entonces, que “Su preocupación es el hombre necesitado. Lo que impulsa toda su vida es el amor apasionado a todos los hombres a los que considera sus hermanos” (Pagola, 2014, pág. 8). De esta manera en Jesús se retoma y plenifica el ejercicio sacerdotal en uno de sus aspectos esenciales, tal como recoge la *Evangelii Gaudium*:

El sacerdocio ministerial es uno de los medios que Jesús utiliza al servicio de su pueblo (...) La configuración del sacerdote con Cristo Cabeza –es decir, como fuente capital de la gracia- no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto (EG, 104).

Es solidario, no indiferente ante el necesitado. Jesús insiste en la exigencia de la solidaridad, así mediante diversos gestos (Lc 2,21-40; Mt 3,15; Mc 6,3) descubre la fraternidad comprometida como la mejor ofrenda agradable a Dios, por encima de las separaciones rituales. “En el sacerdocio de Cristo, la aceptación de la solidaridad humana realiza, de hecho, cuanto los ritos antiguos se esforzaban inútilmente en obtener, es decir la elevación del hombre hasta Dios” (Vanhoye, 1983, pág. 8). Así, para acercar al hombre a la intimidad de Dios no hacen falta separaciones legales y/o rituales, es suficiente la proximidad que conlleva aceptar la misión propuesta por Jesús: acercarse a los hermanos y amarlos, siendo de esta manera mediadores de la



gracia de Dios para ellos. “El Señor se involucra e involucra a los suyos” (EG, 24). Jesús es solidario, nunca se muestra indiferente frente al dolor. Cabe destacar que lo que se rechaza entonces del sacerdocio antiguo es su separación extrema del pueblo, no su intención fundamental que es acercarse a Dios.

La *Evangelii Gaudium* insiste en estas virtudes de humildad y solidaridad, como la mejor respuesta “al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos” (EG, 39). En esa misma línea, hay otro binomio inseparable del sacerdocio inaugurado por Jesús: la autoridad como servicio y la misión compartida, como don y como tarea.

## **2.2 Jesucristo, servidor de todos**

Jesús es la síntesis del amor de Dios por su pueblo (Cf. Rom 14,9; Ef 1,20-22). De esta manera “entrega” a sus discípulos la enseñanza que Él hizo vida en su propia vida, y que deberá caracterizar en adelante a sus seguidores: “mi mandamiento es éste: ámense los unos a los otros como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos. Yo les ordeno esto: que se amen los unos a los otros” (Jn 15,12-14.17).

Profundizando en la ley del Amor, de este mandato misionero se desprende una consecuencia ineludible: la motivación para formar la comunidad es el servicio.

Jesús dedicó toda su vida al servicio del Padre y de sus hermanos, especialmente de aquellos y aquellas que el sistema excluía. Con ello anteponía la misericordia de Dios a cualquier ley o costumbre, como una forma nítida de expresar que la llegada del Reino tenía mucho que ver con el servicio a los demás, especialmente a los vulnerables (Murúa, 2015, pág. 25).

Por eso, Jesús vio natural convivir con pecadores (Lc 15,2), defender a las mujeres (Lc 7,44-47; Jn 8,1-11), compartir con los niños (Mt 19,13-15), acoger a los ricos para invitarlos a la conversión (Lc 19,1-10), abrirse a los no creyentes (Mc 7,24-30). Jesús anuncia el Reino de Dios mostrando su preferencia a los pobres (Lc 4,18). No solo desde una ideología, sino haciéndolos sentir amados. “Sólo desde la cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación” (EG, 199). Con tales signos manifiesta verdaderamente que “está entre los demás como el que sirve” (Lc 22,27); esa misma actitud es la que trata de inculcar a sus discípulos: “Si yo, que soy el Señor y Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros” (Jn 13,14).

### **2.3 Jesús comparte su misión a sus discípulos**

Es Jesús quien escoge a los discípulos (Mt 4,18-22; Mc 3,13) y les envía a anunciar el Evangelio. Su mensaje es para todos, pues todos necesitan esperanza y alegría. “Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco, sin miedo” (EG, 23). De esta manera, Jesús comparte y extiende su misión: “como el Padre me envió, así los envío yo a ustedes” (Jn 20,21).

En repetidas ocasiones Jesús se indigna contra la autoridad religiosa de su tiempo, porque ejerce un poder que oprime y llena de “cargas pesadas al pueblo” (Mc 10,42-45). La autoridad que Jesús confiere a sus discípulos es para servir con humildad y alegría (Mt 20,27); como parte del proyecto de Reino que deberá irse asimilando lentamente. El Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* nos habla de la autoridad ministerial en esta misma perspectiva:

Aun cuando la función del sacerdocio ministerial se considere ‘jerárquica’, hay que tener presente que ‘está ordenada totalmente a la santidad de los miembros del Cuerpo místico de Cristo’. Su clave y su eje no son el poder entendido como dominio, sino la potestad de administrar el sacramento de la Eucaristía; de aquí deriva su autoridad, que es siempre un servicio al pueblo. (EG, 104)

#### **2.4 Ministerios y carismas en las primeras comunidades**

“Cuando el Evangelio comenzó a extenderse por todo el mundo, se crearon nuevas comunidades y, por consiguiente, surgieron nuevas necesidades” (Mesters,1980, pág.12). Para llevar a cabo la misión que Jesús les había confiado, los apóstoles buscaron sucesores que colaboraran con la responsabilidad de animar a las nuevas comunidades. Eso se puede ver con claridad en el libro de Hechos de los Apóstoles y en las cartas de Pablo (Hch 6,1-6; 11,30; 1Tim 4,14; 2Tim 4,2-5; Tit 1,5-9, etc.).

De esta forma se fue transmitiendo el ministerio como una extensión de la misión dada por Jesucristo. Constatamos, entonces, que la Iglesia primitiva siempre tuvo conciencia de que la diversidad y diversificación de ministerios era un mandato divino (LG, 4). “Así, pues, Cristo es quien dio a algunos ser apóstoles, a otros ser profetas, pastores o maestros; de esta manera preparó a los suyos para los trabajos del ministerio, en vista de la construcción del Cuerpo de Cristo” (Ef 4,11-12).

Se destaca también que desde el inicio fue claro que Cristo era la cabeza del cuerpo formado por todos los creyentes (Cf. Ef 4,15). El cuerpo es la Iglesia (Col

1,18.2). En ese proyecto, sin dudas, “el Espíritu Santo es quien construye y dirige la Iglesia con diversos dones jerárquicos y carismáticos” (LG, 4).

Dentro de la estructura eclesial, los ministros se dedican a obras de servicio. Como ya se ha mencionado antes, ellos son partícipes de la misión que Jesucristo ha confiado a la Iglesia. Ya desde las primeras comunidades se establecieron cinco tipos de ministerios en la Iglesia: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Tales ministerios no tienen en sí un orden jerárquico, son independientes, aunque no por ello dejan de estar sólidamente unidos, por ser afines para la construcción del Reino de Dios.

Concretamente, ¿qué es un ministerio? Se puede decir que el ministerio es un don y una tarea, regalos de Dios para edificar su Iglesia. Es un servicio en amplitud que se ofrece a los hermanos. Nos enfocamos a un término griego utilizado para explicar los ministerios: *Diakonos* es el servidor, el que atiende. Este término aparece más de 100 veces en el NT, para designar a quien desempeña un oficio en la iglesia local (Nelson., 1998). El término se usa, unas veces en sentido general (Jn 12,26), otras como servicio necesario (Rom 12,7) y otras, refiriéndose a una actividad concreta (Hch 6,2; Mt 20,26).

La palabra ‘diácono’ se usaba en griego para denominar a la persona que servía a la mesa (Mt 23,2), es decir, alguien que se esforzaba por desempeñar un servicio en favor de los demás. Se aplicaba tanto para varones como para mujeres (Rom 16,1). En algunos textos bíblicos se traduce como ministro, pero sin ningún sentido de exclusividad. Cuando Pablo sostiene que “al ponerme en este ministerio me consideró digno de confianza” (1Tim 1,12), es importante destacar que esta no es una expresión

que resume vanidad, ya que Pablo está entendiendo aquí ‘diaconía’ desde un sentido de profundo servicio (Ramos, 1992).

Los requisitos para ser diácono no difieren de los del obispo. En Hch 6, cuando surgen problemas, los apóstoles se ponen a servir (diaconar) los alimentos de las viudas, sin dejar de dedicarse a enseñar la Palabra (Cf. Hch 6,8). Estos requisitos en sí no tenían como finalidad establecer una jerarquía, sino delegar responsabilidades, que fueran respaldadas por la comunidad.

Será con el tiempo, debido a la complejidad que se fue dando en la Iglesia, que se hizo necesario separar el “ministerio de la mesa” del “ministerio de la Palabra”, estableciéndose claras diferencias entre una y otra función, y creando una jerarquía con ello: quien se dedicaba a compartir la Palabra de Dios era mejor considerado que quien servía a la mesa. Esto empezó a darse en el periodo pos apostólico. Así, el diaconado vivió tal institucionalización, que dejó de ser un ministerio carismático y se volvió –hasta hoy– en un Ministerio Ordenado, paso previo al presbiterado (AA.VV., 2015).

El proceso y articulación de ministerios en la Iglesia naciente no estuvo exenta de diferencias ideológicas y culturales, dando origen a conflictos al interior de las comunidades como nos atestigua el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 15), además de las turbulentas persecuciones de los emperadores en turno. Este contexto nos da pautas para valorar más el esfuerzo y entereza de las primeras comunidades en responder al proyecto del Reino desde el compromiso vital y la diversidad de ministerios que ayudaban a fortalecer y animar la fe aun a costa de perder la propia vida.

Es sano acordarse de los primeros cristianos, y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa, (...) reconozcamos que las circunstancias del Imperio romano no eran favorables al anuncio del Evangelio, ni a la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana (EG, 63).

Tanto en las primeras comunidades, como en nuestros días, palpamos situaciones adversas en el proceso de evangelización y, de igual manera, reconocemos la presencia del Espíritu de Dios que a través de diversos carismas, dones y ministerios, sigue animando el caminar del Pueblo de Dios.

## **2.5 Todos los ministerios son dones de Dios**

En el caminar del pueblo de Israel, podemos observar que Dios va otorgando tareas y dones a sus elegidos, de acuerdo a las necesidades de cada situación y de cada época y siempre son complementarios unos y otros. Al respecto, nos parece prudente el siguiente comentario:

La nominación de los carismas y ministerios no implica primacía alguna de uno con relación a otro, sino que hace referencia a la designación de múltiples eventos que atañen a la Iglesia toda. Por lo tanto, la diversidad de dones no destruye la unidad, ni pretende imponer una función sobre las demás (CV, 2009).

Al hablar de dones, ministerios y carismas en la Iglesia primitiva, rápidamente viene a la memoria personajes como Pablo, Pedro, Priscila, Bernabé, Junía, Apolo, etc., varones y mujeres que recibieron dones diversos para servir a los demás y así lo

hicieron, con coherencia. Es necesario retomar esos regalos que Dios concede para la edificación de la Iglesia, no como monopolio de unos pocos (varones), sino como participación de la Iglesia, lo que sin duda incluye a las mujeres, partícipes de los dones otorgados por Dios, que también se traducen en ministerios y carismas para el servicio de la comunidad como tal.

Si damos una mirada crítica a los evangelios, nos damos cuenta de la importancia de la mujer en la vida y ministerio de Jesús, de igual manera en la Iglesia naciente. Así, aunque la Sagrada Escritura (por circunstancias culturales y sociológicas en gran parte) no enfatiza la influencia que tuvo la mujer en las primeras comunidades respecto a los ministerios, se vuelve un imperativo expresar un par de ideas al respecto.

## **2.6 La mujer en la vida de Jesús y en las primitivas comunidades respecto a los ministerios**

La situación que tenía la mujer en tiempos de Jesús era sumamente complicada y siguió así en la comunidad judeocristiana, casi hasta el último tercio del siglo I.

El hecho de que un grupo de mujeres, entre las que se menciona siempre a María Magdalena, fueran las primeras en ver al Señor resucitado (Jn 20,18) y recibieran el mandato de anunciarlo a los discípulos es de suma importancia para entender su ministerio en las primitivas comunidades (Fernández, 2015, pág. 6).

Nos parece prudente afirmar que el ministerio de Jesús se enriqueció grandemente en el contacto vital con las mujeres de su tiempo, pues en ese modo de relacionarse experimentó con nitidez el amor cercano y misericordioso del Padre. Así, de mujeres concretas como María, Martha, la Cananea, la viuda de la limosna al

templo, Magdalena, entre otras, aprendió Jesús una nueva manera de entregarse, de servir y amar, como lo comenta la teóloga Mariola López: “Hay un modo femenino de aproximarse a Jesús, que tiene que ver con el modo en que el mismo Jesús se aproxima a nosotros. A través de un trato cálido y compasivo” (López, 2011, pág. 7). Son actitudes esenciales en su ministerio y, por ende, necesarias en la vivencia de todo ministerio auténticamente cristiano.

En el cristianismo primitivo, las cartas de Pablo y Hechos de los Apóstoles nos confirman que las comunidades locales son la principal Institución, agrupada en iglesias domésticas, es decir, cristianos que se reúnen en diferentes casas (1Tes 5,27) para rezar juntos, interpretar las escrituras y compartir la fracción del pan (Hch 2,42). Tales citas denotan armonía y un ambiente de “iguales” donde todos interactúan en la comunidad.

La igualdad e inclusión propuestas por Jesús y el esfuerzo de las primeras comunidades en vivir este ideal resultaba una praxis peligrosa y descabellada para su entorno por la conciencia de superioridad masculina tan arraigada en la cultura. Sin embargo, estos cristianos comprendieron que la acogida a todos tenía lugar desde la conversión a Cristo, tal y como sintetiza Pablo: “Los que han sido bautizados en Cristo, se han revestido de Cristo, entonces ya no hay distinción entre judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos ustedes son uno con Cristo Jesús” (Gál 3,27-28). A la luz de este texto tan elocuente podemos vislumbrar a la Iglesia naciente que se concibe a sí misma en comunidad y relación de iguales. A propósito, Elisabeth Schüssler Fiorenza afirma:

Esta fórmula bautismal invalida por principio todos los privilegios por razón de la religión, raza, nacionalidad, clase y sexo. La unidad de la



Iglesia se expresa en la igualdad de todos los bautizados. A la vez rechaza los privilegios masculinos, legitimados religiosamente, aceptados generalmente en la antigüedad (Schüssler Fiorenza, 1994, pág. 3).

Dentro de la literatura paulina nos encontramos con perícopas que conceden cierta participación a las mujeres en la asamblea. Sin embargo, otros textos la rechazan.

Se da por supuesto que los textos más negativos (como las cartas pastorales y algunos pasajes de las cartas a los Corintios) no son de Pablo, sino interpolaciones posteriores, donde se quiere prohibir a la mujer hablar a la asamblea, consignándola al silencio (1Cor 14,33-36), exigiéndole que ni enseñe ni se imponga al varón (1Tim 2,11-15). Estos textos, sean o no de Pablo, forman parte de la Escritura desde el siglo II d.C., y son precisamente los que más han influido en la Iglesia para discriminar a la mujer y considerarla en inferioridad respecto al varón (Fernández, 2015, pág. 4).

Resulta interesante ahondar en la Iglesia primitiva, en su ideal y esfuerzo por la comunidad, donde experimentan hermandad e igualdad siguiendo las enseñanzas de Cristo, y cómo poco tiempo después se van camuflando algunas de esas enseñanzas “cambiándolas por preceptos humanos” (Mt 15,3) y justificándolas a menudo como tradición intocable.

Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad,

plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente (EG, 104).

El cristianismo naciente vivía la novedad de los diversos carismas y ministerios que el Espíritu derramaba sobre hombres y mujeres para la edificación de la comunidad (Gál 5,25). Entonces, ¿qué aconteció para que en la praxis se impusiera paulatinamente la patriarcalización, donde una de las consecuencias inherentes fue excluir a la mujer de toda tarea de dirección y liderazgo dentro de la comunidad eclesial? Sin duda fueron muchos factores históricos.

Aunque los seguidores de Jesús acogieron el mensaje revolucionario del Reino con entusiasmo y radicalidad, a partir del siglo II y con mayor fuerza en el siglo III hubo una especie de involución, porque la estructura eclesial básicamente se fusiona con el modelo de la sociedad grecorromana patriarcal. De este modo, la dirección y ministerios de la Iglesia se van concentrando únicamente en varones, consignando a la mujer al silencio, como refleja explícitamente la carta a Timoteo: “No acepto que la mujer dé lecciones ni órdenes al varón. Quiero que permanezca callada, porque Adán fue creado primero y Eva después. Adán no fue engañado, la mujer fue seducida y cometió la transgresión” (Tim 2,12-14).

El caminar que acompañó a la Iglesia durante los siglos II al IV nos da suficiente claridad para deducir por qué “las mujeres fueron eliminadas lentamente de las funciones directivas de la Iglesia y no fueron admitidas al ministerio sacerdotal y episcopal” (Schüssler Fiorenza, 1994).

El tema que ocupa el artículo se refiere al Ministerio Ordenado en la Iglesia primitiva, por tal motivo pareció prudente indagar también en el papel que jugó la

mujer en este acontecer y vislumbrar las perspectivas que van surgiendo en el tema de Ministerios y otros espacios decisivos al respecto. La *Evangelii Gaudium* menciona: “Es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia (...) y en los diversos lugares donde se toman decisiones importantes, tanto en la Iglesia como en las estructuras sociales” (EG 103).

Se ha visto como la *Evangelii Gaudium* está permeada de la teología bíblica fundamental en torno a los Ministerios y al mismo tiempo en la redefinición del sacerdocio del Nuevo Testamento, tratando así de recuperar la frescura original de las Primeras Comunidades.

La tercera parte de este trabajo apunta a una relectura del Ministerio Ordenado en el cristianismo naciente, a la luz de la *Evangelii Gaudium*, tomando en cuenta el dinamismo y novedad que allí nos propone el Papa Francisco como primera Exhortación Apostólica, misma que nos da pautas para una reflexión del Ministerio Ordenado en la actualidad.

### **3. Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium***

Se profundiza en la base bíblica y teológica de los diversos ministerios que surgen como resultado de la experiencia del Resucitado y la reflexión posterior de las primitivas comunidades. Con el pasar de los siglos se suscitaron cambios socioculturales, políticos, económicos y teológicos, que hicieron que los ministerios adquirieran un estatus orgánico y jerárquico, es decir, se modificó su estructura, modo de vivirlo y ejercerlo en la Iglesia. Es de suma trascendencia la reflexión teológica de éstos acontecimientos puesto que, desde allí, podemos entender el momento actual que vive la Iglesia en cuanto al ministerio, especialmente el ordenado.

Identificamos en la exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* un profundo análisis que, al citar bases bíblicas y teológicas, toma en cuenta el contexto actual para invitar al Pueblo de Dios y sus ministros a una decidida “conversión pastoral y misionera” (EG, 25), que redunde en una Iglesia fiel a su vocación como portadora de esperanza y alegría por encontrarse con Jesucristo (EG, 1).

De este modo, la exhortación propone compartir el Anuncio sin imposiciones, obsoletas en algunos casos, como quien comparte una profunda alegría, volviendo a la convicción y experiencia de las Primeras Comunidades: “La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción” (EG, 14). Se trata de una tarea primordial de todo bautizado y una responsabilidad imperante para quienes ejercen el Ministerio Ordenado para servicio de la Iglesia. Es en este contexto de anuncio y misión, donde entendemos la pertinencia de la *Evangelii Gaudium*.

### **3.1 Marco teológico de la *Evangelii Gaudium***

La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* se enmarca claramente dentro de la Teología de la Misión. En cada uno de sus capítulos podemos ver tal prioridad desde diferentes matices (transformación misionera de la Iglesia, crisis del compromiso comunitario, anuncio del Evangelio, dimensión social de la evangelización y evangelizadores con espíritu).

Es un documento que toma en cuenta importantes aspectos de la reflexión teológica y enfatiza en “El primer anuncio o kerigma, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial” (EG 164), obedeciendo así al mandato misionero de Jesús “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos” (Mt 28,19). Por tanto, el documento nos va delineando una reflexión teológica sobre la Misión de la Iglesia, que no tiene su punto de partida en

un concepto o ideología, sino en el Misterio salvífico de Cristo el enviado del Padre, quien envía a sus discípulos a continuar su misión (Jn 20,21).

La misión de Jesucristo se identifica plenamente con el amor de Dios que se nos revela y comprende que el designio del Padre abarca a todo el género humano, mediante los que han creído en Él y quienes creerán después (Jn 17,20-23). El Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* también retoma este aspecto ineludible en la acción misionera de la Iglesia: “Me gustaría decir a aquellos que se sienten lejos de Dios y de la Iglesia, a los que son temerosos o indiferentes: ¡El Señor también te llama a ser parte de su pueblo y lo hace con gran respeto y amor!” (EG, 113).

A lo largo del cristianismo se puede descubrir cómo la misión de anunciar a Jesucristo ha provocado la reflexión teológica, por la necesidad de ir sistematizando la experiencia de encuentro con el Resucitado y poder transmitirla en las diversas realidades. Al respecto afirma Esquerda Bifet:

El enfoque misionero ha sido el detonante en los estudios teológicos de los primeros siglos de la Iglesia, pues recordamos que durante la época Patrística se reflexiona sobre la fe, principalmente para poder presentarla en el ambiente cultural e histórico de la época (Esquerda Bifet, 2008, pág. 64).

De tal manera, vemos que el núcleo teológico no cambia. Es “la pedagogía” lo que va adaptándose a cada contexto histórico para hacer que el Anuncio sea comprendido de mejor manera. Es tarea que la Iglesia comprendió desde sus inicios en la acción misionera.

Este estudio ayuda a constatar que la dimensión eclesial es inherente a la teología y a su vez a la misión, puesto que “La Iglesia es misionera por naturaleza” (AG, 2) y es el espacio donde la reflexión teológica se va haciendo concreta.

El Papa Francisco, en la *Evangelii Gaudium*, plantea la transformación misionera de la Iglesia, haciendo énfasis precisamente en una “Iglesia en salida” (EG, 20) que vaya más allá de los lugares físicos para responder a las aspiraciones más profundas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, es decir, que el Anuncio del amor de Dios llegue a todas las periferias y se anuncie como Buena y alegre Noticia. El Papa Francisco agrega:

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la auto preservación (EG, 27).

Ante todo es indispensable una pastoral en conversión que lleve a las comunidades “a poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están” (EG, 25). No nos referimos a un “trabajo misionero”, sino a una espiritualidad misionera que sea capaz de dinamizar el itinerario de la misión en torno al Evangelio, es decir, el espíritu con que se vive la misión, que ciertamente “no equivale a metodología o estilo de acción, sino a opciones fundamentales de personas y comunidades” (Esquerda Bifet, 2008, pág. 470).

El último capítulo de la *Evangelii Gaudium* nos recuerda que para ser evangelizadores con Espíritu es clave el encuentro personal con el amor de Jesús: “Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo

sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga” (EG, 261).

De esta manera en la *Evangelii Gaudium*, la misión es el eje transversal y la razón de evangelizar parte del mandato misionero de Jesús para que la vida de cada ser humano encuentre un sentido más pleno desde el Evangelio (EG, 266). En esta perspectiva, el Ministerio Ordenado no puede comprenderse sin referencia a la teología de la misión, a la eclesiología dinámica y a la vivencia de una espiritualidad misionera.

### **3.2 El Ministerio Ordenado dentro de la teología de la misión**

Al recordar la tradición bíblica, tenemos en cuenta que Dios llama a sus elegidos para una misión concreta (Mt 4,19). La elección y llamado siempre están en relación con un envío. De igual manera en las primeras comunidades cristianas, a raíz de la experiencia del Resucitado, el espíritu de Dios suscitó hombres y mujeres para proclamar el kerigma, la novedad de Jesucristo. Así, en el Ministerio Ordenado, una de sus tareas esenciales dentro de la Misión está referida a la evangelización, al anuncio “a tiempo y a destiempo” como nos expresa el texto paulino (2Tim 4,2). En la *Evangelii Gaudium*, Francisco advierte un peligro: que algunos sacerdotes “cuidan con obsesión su tiempo personal (...) como si una tarea evangelizadora fuera un veneno peligroso y no una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos” (EG, 81). Por otro lado, recuerda que ciertamente la evangelización es tarea de toda la Iglesia, y los ministros tienen una responsabilidad especial, sin olvidar que “esta forma de entender la Iglesia tiene su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa de Dios” (EG, 111).

De esta forma entendemos que el Ministerio Ordenado dentro de la EG, se enmarca en la misión de la Iglesia y una eclesiología decididamente misionera. Es

decir, la misión de la Iglesia marca la responsabilidad y la espiritualidad propias del Ministerio Ordenado.

La misión que Jesucristo comparte a sus discípulos y, por ende, a la Iglesia es muy amplia. El anuncio del Evangelio no se agota únicamente en la “proclamación” aunque es una parte constitutiva de la misma. Otro elemento fundamental en la misión es el servicio, porque es testimonio hecho obras. Basta con poner nuestra mirada en Jesús para comprenderlo, pues prácticamente resume su vida y misión como servicio de amor a la humanidad: “No vine a ser servido, sino a servir” (Mt 28,20). En otro texto nos dirá: “¿quién es más importante, el que está sentado a la mesa o el que sirve la comida? Pues yo estoy entre ustedes como el que sirve” (Lc 22,27). Vemos entonces que el servicio es inherente a la misión de Jesucristo y de sus seguidores. De este modo, el Ministro Ordenado está llamado a ser servidor de la comunidad, manifestando, igual que Jesús, que su vida es pan que “se parte y se entrega al mundo” (Mt 26,26).

La autoridad en la misión es parte de los dones otorgados por Dios para esta tarea. Recordamos el comentario que se hace de Jesús en la sinagoga: “y se admiraban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los judíos” (Mt 7,28), o la curación que Pedro hace “en nombre de Jesús” (Hch 3,6). La autoridad en el anuncio del Evangelio no es iniciativa propia, sino que esta es conferida por Dios, tal como menciona Jesús mismo ante Pilato: “No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no se te hubiera dado de lo alto” (Jn 19,11). Tal autoridad confirma que la obra es de Dios y no de los hombres. Es por ello que la autoridad del Ministro Ordenado responde, por decirlo así, a “representar a Dios”, como cabeza y guía de su Pueblo. De allí la gran responsabilidad conferida por su ministerio. En la *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco insiste en la urgencia misionera de seguir el ejemplo de Jesús: “El Señor tomó la iniciativa, la ha primado en el amor (Jn 4,10); y por eso ella sabe



adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG, 24). Nos referimos, entonces, a la autoridad del ministro ordenado como autoridad “venida de lo alto” para guiar, involucrarse y dar la vida por los hermanos.

Al hablar de anuncio, servicio y autoridad dentro del Ministerio Ordenado, vemos que todo confluye en la dimensión eclesial, pues es allí donde se va concretando la propuesta del Reino que, desde diferentes ámbitos, el ministro ordenado va “facilitando” como instrumento de Dios para sus hermanos. “La dimensión eclesial ayuda a desarrollar un grande y vivo amor a Jesucristo y a su Iglesia; este amor, a la vez que alimenta su vida espiritual, sirve de pauta para el ejercicio del Ministerio” (PDV, 53).

En el marco de la teología de la misión, hemos descrito algunos elementos de incidencia vital para el Ministerio Ordenado, por lo que afirmamos que el ministro está llamado a no absolutizar el ámbito cultural, sino articularlo en la dimensión misionera, porque descubre que su ministerio está en “orden” a la Misión, debido a que ésta determina la naturaleza de su ordenación como ministro.

### **Conclusiones**

Para terminar este artículo, queremos presentar algunas consideraciones que surgen del tema trabajado a lo largo de este estudio, con la finalidad de dejar asentados algunos desafíos que se presentan a futuro.

En primer lugar, el análisis bíblico deja claro que el tema de los ministerios es propiamente intuición del Nuevo Testamento, como servicio a la comunidad, misión que sin dejar de tener un fuerte matiz de solidaridad con el necesitado, tiene una

naturaleza teológica clara: es principio de mediación entre Dios y la comunidad creyente. Para mantener el espíritu de la Alianza, Dios siempre llama a servidores que guíen, animen, organicen y celebren la fe. Tres características se identifican en estos colaboradores: sentirse llamados por Dios, aceptar ese llamado aun con temor y ponerse en manos de Dios que guía el caminar de servicio. Así, pues, es de raíces bíblicas entender el ministerio como un llamado de Dios a servir a la comunidad en sus necesidades, presentándolas al Señor en nombre de la comunidad.

En segundo lugar, tenemos en cuenta cómo las primeras comunidades llegaron a hacer una síntesis de la vida y misión de Jesús, viendo allí una buena nueva: el Señor inauguró un nuevo estilo de sacerdocio que se destaca por estar profundamente interesado por el necesitado. La ofrenda que agrada a Dios es una vida fraterna comprometida, mucho más que los rituales religiosos. Así, para acercar al hombre a la intimidad de Dios, no hace falta separaciones legales o rituales; basta con aceptar la misión propuesta por Jesús: acercarse al hermano y amarle. Esa es la forma de mediar la Gracia de Dios y ser discípulo de Jesús, el sacerdote que siempre es solidario y nunca se muestra indiferente ante al dolor. En ese sentido, la *Evangelii Gaudium* insiste en que el ministro debe vivir las virtudes de la humildad y la solidaridad, del servicio y la disposición para asumir la misión. Esa es la característica de los ministros de la Iglesia que viven en fidelidad el proyecto de Jesús.

En tercer lugar, un dato que nos abre a ulteriores debates es la presencia de las mujeres en la vida y ministerio de Jesús. Podemos decir con propiedad que es relación carismática entre el Maestro y las discípulas aclaran plenamente el amor misericordioso del Padre. Se puede decir que de esta experiencia surgen actitudes femeninas que enriquecen la comprensión y vivencia del ministerio dentro de la

Iglesia. La igualdad e inclusión propuestas por Jesús y el esfuerzo de las primeras comunidades por vivir este ideal son hoy una praxis difícil de concretar, pues el ambiente androcéntrico que se vive al interior de la Iglesia, aún frena el acceso y vivencia del ministerio. Sin embargo, debemos comprender que la acogida sin exclusión alguna es signo de conversión a Cristo. Queda como desafío ahondar el ideal de una Iglesia que experimente hermandad e igualdad. La reivindicación del legítimo derecho de las mujeres a ser protagonistas de la vida eclesial se vuelve un desafío impostergable.

En cuarto lugar, destacamos que el Ministerio Ordenado se enmarca dentro de la teología de la Misión, donde al anuncio kerigmático como envío del mismo Jesús, es elemento esencial por ser la verdad de salvación que ha de comunicarse, no como imposición, sino como contenido de liberación que suscita la profunda alegría de experimentar el amor cercano de Dios. Así pues, hablamos de anuncio gozoso que genera compromisos concretos. Las primeras comunidades cristianas nos dan testimonio de ello. El anuncio de Cristo muerto y resucitado era acompañado de conversión y coherencia de vida, por tal motivo, la proclamación del evangelio tenía grande atracción por la vivencia de los primeros cristianos. En esta forma de anunciar a Cristo enfatiza el Papa Francisco a través de la *Evangelii Gaudium*, cuando invita a toda la Iglesia, y en particular a los ministros ordenados a hacer de la proclamación un verdadero anuncio centrado en la persona de Jesucristo, transmitido como alegría que colma y hace plena la propia vida. El servicio será también nota distintiva del Ministerio Ordenado, por ser manifestación elocuente de la fe en Jesucristo, siervo de la humanidad por amor. El profundo espíritu de fraternidad y servicio fue asimilado por los primeros cristianos como parte medular de la nueva propuesta del Reino, entrega a Dios que se hacía tangible en el servicio y donación a los hermanos y

hermanas. La *Evangelii Gaudium* recuerda al ministro que su “ordenación” está siempre en función del servicio dinamizado por el amor, es decir, la espiritualidad que anima su entrega, siempre ha de estar motivada por el amor a Dios y a los hermanos. La autoridad del ministro ordenado es confirmación de que la obra no es de iniciativa propia, sino conferida por Dios para guiar y acompañar al pueblo. Así fue entendida en la Iglesia naciente, puesto que las primeras comunidades cristianas descubrieron en la autoridad apostólica el querer de Dios. El Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, al referirse a esta autoridad ejercida por el ministro ordenado, nos habla de una autoridad que toma la iniciativa en el amor, se adelanta, sale al encuentro y está en constante búsqueda de los excluidos. Precisamente las virtualidades del ministerio - anuncio, servicio y autoridad- se enmarcan dentro de la teología de la Misión, siendo el eje vertebrador entre misión y ministerio la Iglesia.

Finalmente, después de haber analizado y profundizado algunos retos que enfrenta la Iglesia y particularmente el Ministerio Ordenado en la actualidad, tenemos la certeza de que el Espíritu del Resucitado sigue animando nuestro caminar y es necesario “desempolvarnos” como Iglesia para discernir los ideales del Reino en la realidad que nos circunda. Queremos concluir con un texto de la *Evangelii Gaudium* que nos parece iluminador desde una perspectiva profundamente evangélica: “Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!” (n.109).

## **Abreviaturas**

**AG** *Ad Gentes*

**AT** *Antiguo Testamento*

**ChL** *Christifidelis Laici*

**CIC** *Catecismo de la Iglesia Católica*

**DV** *Dei Verbum*

**CV** *Caritas in Veritate*

**EG** *Evangelii Gaudium*

**EN** *Evangelii Nuntiandi*

**GS** *Gaudium et Spes*

**LG** *Lumen Gentium*

**NT** *Nuevo Testamento*

**PDV** *Pastores Dabo Vobis*

## Referencias

- AA.VV. (2015). Obtenido de <http://www.vatican.va>: Recuperado el 3 de Junio de 2015.[http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/cti\\_documents](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents)
- AGUIRRE, R. (2010). *Universidad de Cantabria*. Obtenido de Unican: Recuperado el 3 de Junio de 2015, <http://www.unican.es/NR/rdonlyres/6D07D86F-1DC6-46EE-A771-57E59938329E/0/...>
- ALONSO SCHÖCKEL, L. (2006). *La Biblia de Nuestro Pueblo*. Biblia del Peregrino América Latina. Bilbao. Mensajero
- ALDAZÁBAL, J. (2006). *Ministerios al servicio de la Comunidad Celebrante*. Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica.
- ARIEU, P. (2015). <http://elteologillo.com>. Recuperado el 4 de Julio de 2015, de <http://elteologillo.com/2012/11/06/dones-espirituales-su-definicion/>
- ARNAU, R. (1995). *Orden y Ministerios*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- AUNEAU, J. (1990). *El sacerdocio en la biblia*. Pamplona, España: Verbo Divino.
- BAUTISTA, E. (1993). *La mujer en la Iglesia primitiva* . Estella: Verbo Divino.
- BELLINGER, G. (1994). *Diccionario de Biblia*. Barcelona: Herder.
- BERZOSA, R. (2007). <http://www.unican.es>. Recuperado el 4 de Julio del 2015, [/NR/rdonlyres/8CABA3F8-74C2-4E3E-9785-0A4BCB960C7C/79415/10MinisteriosRBerzosa200307.pdf](http://www.unican.es/NR/rdonlyres/8CABA3F8-74C2-4E3E-9785-0A4BCB960C7C/79415/10MinisteriosRBerzosa200307.pdf).
- BOUYER, L. (1983). *Diccionario de Teología*. Barcelona: Herder.

CARAVIAS, J. L. (2002). Obtenido de mercaba. Recuperado el 24 de Julio de 2015  
[www.mercaba.org/Caravias/01/Caravias.Vivir%20c.%20hermanos.rtf](http://www.mercaba.org/Caravias/01/Caravias.Vivir%20c.%20hermanos.rtf).

CONFERENCE OF CATHOLIC BISHOPS (EE.UU.). (2015). *USCCB.ORG*.  
Obtenido de <http://www.usccb.org/la-ensenanza-social-catolica.cfm>.  
Recuperado 5 de Agosto 2015.

CRANE, J. (1976). *El sermón eficaz*. Salamanca: Casa de Publicaciones.

ESPEJA, J. (2001). *El Ministerio en la Iglesia. Un cambio de perspectiva*. Salamanca:  
San Esteban.

ESQUERDA BIFET, J. (2008). *Misionología, evangelizar en un mundo globalizado*.  
Madrid: BAC.

FERNÁNDEZ, D. (2015). <http://servicioskoinonia.org>, de  
<http://servicioskoinonia.org/relat/149.htm>. Recuperado el 5 de Mayo 2015.

FRANCISCO. (2014). *Santa Sede*. Obtenido de [Vatican.va](http://Vatican.va). Recuperado el 12 de  
Agosto de 2015.  
[w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/youth/documents/](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/youth/documents/)

HERCA, J. (2015). *buscandoajesus.wordpress.com*. Recuperado el 6 de Noviembre  
de 2015 [https://buscandoajesus.wordpress.com/articulos/situacion-social-de-  
la-mujer-judia-en-tiempos-de-jesus/](https://buscandoajesus.wordpress.com/articulos/situacion-social-de-la-mujer-judia-en-tiempos-de-jesus/)

LAFERRIERE, N. (2014). de <http://tiempodeevangelizar.org>:  
<http://tiempodeevangelizar.org/?p=2795>. Recuperado el 7 de  
Noviembre, 2015

- LÓPEZ, M. (2011). <http://www.vidadelacer.org/pdf>. Recuperado el 2 de Diciembre de 2015. Obtenido de <http://www.vidadelacer.org>: <http://www.vidadelacer.org>
- MESTERS, C. (1980). Obtenido de [www.centrobiblicoquito.org](http://www.centrobiblicoquito.org). Recuperado el 5 de Noviembre 2015.  
<http://www.centrobiblicoquito.org/index.php/almacen/coleccion-biblia.html>
- MURÚA, M. (2015). <http://www.buenasnuevas.com/biblia/temas/temasb-2>.  
Recuperado el 8 de Junio de 2015.
- NELSON, W. (1998). *Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia*. Caribe: Herder.
- PAGOLA, J. A. (2014). Obtenido de <http://www.cpalsj.org>. Recuperado el 2 de Diciembre de 2015. <http://www.cpalsj.org/wp-content/uploads/2013/04/Pagola-Catequesis-cristol>
- RAMOS, M. (1992). *Comentario Bíblico hispanoamericano: 1-2 Tomos*. Bogotá: Caribe.
- RICHTER, I. (2003). *Vida de las mujeres en la sociedad y en la Iglesia: Una exégesis feminista de los Hechos de los Apóstoles*. La Habana: Caminos.
- SCHÜSSLER, E. (1994). Mujer y Ministerio en el Cristianismo Primitivo. *Selecciones de Teología*, 327-337.
- STITZINGER, J. (2015). <http://www.tms.edu>: <http://www.tms.edu/msj/msj14.2.1/>.  
Recuperado el 2 de Diciembre de 2015.
- VANHOYE, A. (1983). *La llamada en la Biblia, el sacerdocio de Cristo y nuestro sacerdocio*. Madrid: Sociedad de Educación de Atenas.



VANHOYE, A. (1984). *Sacerdotes antiguos, sacerdote según el Nuevo Testamento*.

Salamanca: Sal Terrae.

VARO, F. (2003). *Santidad y Sacerdocio del Antiguo al Nuevo Testamento*. Pamplona:

Herder.